

ACADEMIA NACIONAL
DE
AGRONOMIA Y VETERINARIA

RECEPCION DEL ACADEMICO
DR. OSCAR M. NEWTON

BUENOS AIRES

1946

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Mesa Directiva

<i>Presidente</i>	Dr. Juan N. Murtagh
<i>Vicepresidente</i>	Dr. Joaquín S. de Anchorena
<i>Secretario general</i>	Dr. José R. Serres
<i>Secretario de actas</i>	Dr. Daniel Inchausti
<i>Tesorero</i>	Ing. José Ma. Bustillo

Académicos de Número

Dr. Tomás Amadeo	Ing. Carlos A. Lizer y Trelles
Dr. Andrés R. Arena	Ing. F. Pedro Marotta
Ing. Guillermo R. Aubone	Gral. Dr. José Morales Bustamante
Dr. Angel Cabrera	Dr. Oscar M. Newton
Dr. Agustín N. Candioti	Ing. Lorenzo R. Parodi
Dr. Miguel Angel Cárcano	Dr. Federico Reichert
Ing. Miguel F. Casares	Dr. Francisco Rosenbusch
Ing. Franco E. Devoto	Dr. Federico Sívori
Ing. Julián Frers	Agrón. Silvio Spangenberg
Dr. Leopoldo Giusti	Dr. Emilio Solanet
Ing. Pablo Lavenir	Dr. Luis Van de Pas
Dr. Tomás A. Le Breton	Dr. César Zanolli
	Ing. Saturnino Zemborain

Académicos Honorarios

Dr. Guido Finzi	Dr. Félix Gordón Ordás
Dr. Orla Jensen	Ing. José M. Ricard
Dr. W. H. Keeson	Dr. Cesáreo Sanz Egaña

Académicos de Número fallecidos

Belarmino Barbará	Fernando Lahille
Alejandro Botto	Arturo Lanusse
Virginio Bossi	Francisco P. Lavalle
Ernesto Cánepa	José Lignieres
Ramón J. Cárcano	Moldo Montanari
Emilio A. Coni	Pedro T. Pagés
Alfredo Demarchi	Leonardo Pereyra Iraola
Angel Gallardo	José Ma. Quevedo
Carlos D. Girola	Exequiel Ramos Mejía
Manuel Güiraldes	Ricardo Schatz
	Damián Torino

Académicos Honorarios fallecidos

Coronel Young Dunlop
Dr. Cayetano Martinoli
Dr. Henri Vallée

Ornamentó Buenos Aires con fuentes de agua, balaustradas y grupos escultóricos.

Debo recordar un jalón importante de su gobierno municipal con la inauguración del Teatro Colón, en mayo de 1908.

Don Manuel J. Güiraldes fué el Intendente del Centenario en 1910; bastará leer la memoria publicada para valorar cómo este gobernante enfocaba el problema de urbanismo digno de la capital del Sur, en ese primer centenario de la emancipación nacional. Por último corresponde señalar para su honra, su decisión de levantar el plano definitivo de la ciudad, integrado con estudios y proyectos de embellecimiento y salubridad.

Contrató especialistas y confió a una comisión de personas de reconocida preparación la tarea de que da cuenta su decreto de 1º de junio de 1908. Fué en verdad *the right man in the right place*. Y así la capital del Sur celebró su centenario con nuevos monumentos, estatuas, fastuosa iluminación, jardines y avenidas.

Güiraldes, como porteño de tradición, realizó su obra magna al calor del patriotismo que le alentara en favor del bien común.

Patriota ardoroso, mantuvo el culto del General Don José de San Martín, como continuador de una tradición de su familia materna: los Guerrico, vinculados al Gran Capitán en los largos años de su ostracismo en Francia.

Tal es, señores, a grandes rasgos, la obra fecunda del Sr. Don Manuel J. Güiraldes, que honrara con su nombre a la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria.

LUIS PASTEUR

Algunos aspectos de su vida y de su obra

Dieron los intelectuales de la antigua Grecia el nombre de héroes y mártires a los hombres divinizados por sus acciones sublimes. Héroes los hay en todas las actividades humanas; desde el investigador que hace del laboratorio su prisión perpetua hasta la hermana de caridad que con dulzura y serenidad cumple su obra de misericordia en todos los terrenos del dolor; el maestro, el estu-

dioso, el médico, el misionero y otros, entre los que incluyo a los de mi profesión, que desempeñando silenciosamente su misión de celosos vigías de la salud pública, en el cumplimiento del deber, pagaron tributo con su vida.

Señores:

Si el culto de los héroes y mártires hace bien al espíritu, a la vez que enaltece a los que lo practican, rendir homenaje y rememorar a los benefactores de la humanidad adquiere características de glorificación universal.

Señores Doctos

Señoras,

Señores:

Incurriría en irreverencia si no os pidiera antes disimuléis, al referirme a algunos aspectos de la vida y obra de Luis Pasteur, porque sé de vosotros bien conocéis sus semblanzas. Es que la vida ejemplar de este hijo de Francia está grabada en el corazón de la humanidad. Recordar su obra resulta tan grato al conferencista como al oyente, así lo espero en vosotros.

Con frecuencia releemos obras famosas porque satisface al espíritu, a igual que contemplar una pintura o una escultura de un artista creador, ya el panorama de bella creación que natura nos brinda, poco o nada cambiante al través del tiempo, nos lleva a extasiarnos dejando en nuestras almas el deseo de volver sobre ellas.

En este acto académico he querido referirme a algunos aspectos de la vida y obra de esta alta cumbre de la ciencia del siglo pasado, en homenaje al insigne maestro de sabios, al cumplirse hoy un nuevo aniversario de su muerte; han transcurrido 51 años.

Ha dicho Marañón, comentando un pequeño libro que ha treinta y tres años dedicara René Vallery Radot a Madame Pasteur: “cuando nace el hijo de un emperador, el mundo se estremece entre pompas y esperanzas. A la misma hora, en el hogar humilde de una mujer y un hombre que no conoce nadie, ha nacido, tal vez, un niño, como cae el copo anónimo de una nevada”; refiriéndose

luego a la desigualdad entre los hombres, dice: “sería monstruosa si no fuera siempre posible que el hijo del emperador no alcanzara, a la postre a ser nada; y que el hijo de dos menestrales anónimos, fuera capaz un día de revolucionar a los hombres con su palabra”.

Señores: estas expresiones filosóficas de Marañón sintetizan con nítida elocuencia a Luis Pasteur, hijo de Juan José Pasteur, ex sargento mayor, héroe lugareño que pertenecía a los ejércitos del Imperio y de oficio curtidor, y Juana Estefanía Roqui, que diera a luz, enhorabuena para la familia, para su patria y para la humanidad, hacen 123 años, en día 27 de diciembre de 1822, en humilde morada en la pequeña ciudad de Dôle; quien habría de ser más tarde uno de los más grandes genios latinos y una de las más puras glorias de Francia.

El origen familiar de Pasteur, de selecta línea moral así como los ambientes de su niñez y de su juventud, que tanto preocupó a su padre, forjador del espíritu de su hijo y cultivador de la gesta de un sabio, deben ser divulgados a fin de comprender y apreciar la unidad científica y moral de su obra, descripta sin omisión de detalles y con justeza histórica por René Vallery Radot.

En 1830 la familia Pasteur se radica en la pequeña ciudad de Arbois, en una modesta casa a orillas del río L’Cuisance. Luis Pasteur, que había de ser más tarde el soberano de las ciencias, a los 14 años de edad demostró inclinación al arte pictórico, algunas de sus pinturas fueron mencionadas con elogio en la colección americana de pintores del siglo XIX; entre aquéllas, figuraba el retrato al pastel de la autora de sus días y de uno de sus más preciados amigos. El joven Pasteur cursaba los estudios preliminares en el colegio de Arbois. M. Romané, director del colegio de la misma localidad y profesor de Pasteur, advirtió en su joven alumno seriedad espiritual y admirable educación, y éste, a su vez, admiración, respeto y agradecimiento a su maestro, forjador de su inteligencia.

El maestro Romané, de acuerdo con su criterio moralista, pensaba que si el hombre instruído vale mucho, el hombre educado vale mucho más. Sin perder de vista a su alumno, advierte al poco tiempo, que si bien era laborioso no se distinguía por nin-

guna composición notable, ni lograba éxito brillante. Pasteur era tan reflexivo, que se lo creía tardo; no obstante poseía cualidades sencillas y vigorosas, tenía esa imaginación especial que puede denominarse "imaginación sentimental", su maestro, amigo íntimo de la familia Pasteur se complacía en despertar con interés de filósofo y educador, las cualidades dominantes del temperamento de su alumno. Concibió la idea y sugirió a los padres de Luis, la conveniencia de que prosiguiera sus estudios en la Escuela Normal de París, a pesar de las dificultades de orden económico que debían afrontar sus padres.

El 13 de octubre de 1838 el joven Pasteur, en compañía de su amigo Julio Vercel, ambos de 15 años de edad, partían para la gran urbe de París, a quinientos kilómetros de Arbois, su pueblo de añoranzas juveniles.

A poco de haber iniciado sus estudios en el Liceo "Luis el Grande", Pasteur, por razones de salud, regresa a Arbois en los primeros días de 1839, en compañía de su padre, que fué en su busca, un tanto alarmado al tener conocimiento del decaimiento moral que afectaba a su hijo. Radicado nuevamente con los suyos, Pasteur logra reponer sus energías, más en su alma sensible se agitaba la preocupación de no haber podido vencer el "mal del país" que le había obligado a abandonar París. A pesar del contratiempo, el joven estudiante no había cerrado el horizonte de su destino. Continúa sus estudios en Besançon, distante 50 kilómetros de su pueblo, donde sus padres podían visitarle con frecuencia.

En 1840, a los 18 años de edad, se recibe de bachiller y dos años después se gradúa de bachiller en ciencias en la escuela de Dijón.

Nuevamente en París ingresa a la Escuela Normal, siguiendo al mismo tiempo en la Sorbona el curso de química del profesor Dumas, sucesor del eminente físico y químico Gay-Lussac, descubridor de la ley de dilatación de los gases; fué al pie de aquella cátedra donde se despierta su entusiasmo y llega a ser discípulo sobresaliente del gran maestro Dumas. El joven Pasteur con natural intuición utiliza los conocimientos de la Geometría, la Física, la Química, en el estudio de la vida, de la constitución de la materia y de todo en cuanto a ella se vincula.

En 1841 el joven estudiante se inicia como maestro a la edad de 19 años, con seriedad y sencillez de carácter y al mismo tiempo con amplio concepto de la dignidad individual, le fué fácil ejercer su autoridad ante sus discípulos. En 1846 Pasteur se presenta a concurso de profesorado de Ciencias, y de catorce aspirantes, él logra el tercer puesto, emitiendo los maestros que lo examinaron el siguiente juicio: "Será un excelente profesor." Uno de los examinadores, Mr. Balard, lo incorpora a su laboratorio. Allí conoció y trabajó junto a Augusto Laurent, autor de la teoría de las sustituciones, construída sobre la base sentada por Dumas, o ley de las sustituciones atómicas, que tanta influencia llegó a tener sobre la química moderna.

El 28 de agosto de 1847 presenta su primera tesis a la Academia de Ciencias.

Más tarde es confirmado en el cargo de maestro, con 300 francos de sueldo, casa y comida. Este sueldo a Pasteur le parecía excesivo y que a su juicio no lo merecía; tal expresión fué hecha en misiva a sus padres, con el siguiente agregado: "A fin de mes el colegio será mi deudor y os repito que no merezco el dinero que habré de percibir", tal expresión, señores, trasunta el desinterés y la modestia del joven y flamante maestro.

En 1847 había cumplido Pasteur 25 años de edad, presenta dos tesis, dedicadas a su padre: una tenía por título *Investigaciones sobre la capacidad de saturación del ácido arsenioso*, la otra referente al *Estudio de los fenómenos relativos a la polarización de los líquidos*. Sobre estos trabajos, particularmente del segundo, presentía su importancia por considerarlos demasiado descuidados por los químicos de la época.

Pasteur, recurriendo a las ciencias afines, la cristalografía por una parte y la física por otra, inicia la era de importantes trabajos de laboratorio y más tarde descubrimientos trascendentales. Al año siguiente, entrega a la Academia un extracto de su memoria, titulada *Investigaciones sobre el dimorfismo*.

Sus trabajos no pasaron desapercibidos en el ambiente científico de la gran urbe parisiense; allí todo se sabe, todo se repite y se comenta. Unos, sin prevenciones, admiraban aquellos descubrimientos logrados por el joven investigador, otros, en cambio,

dudaban y se les hacía difícil creer que el recién egresado de la Escuela Normal hubiese resuelto problemas cuya solución otros habían buscado en vano. Algunos de los que dudaron de los resultados logrados por Pasteur, como el maestro Biot, al poco tiempo, considerando justicia llegó a rendir homenaje al joven investigador; con Dumas y otros aprobaron unánimemente aquellos trabajos, considerándolos como muy dignos de figurar en los Anales de la Academia.

Estimulado por sus maestros y logrados sus primeros triunfos, Pasteur, con imaginación siempre despierta e intuición sorprendente, prosigue con ahinco sus investigaciones, a punto de transformarse en prisionero de su gabinete de trabajo. Esta inclinación lo lleva, como impulsado por una fuerza extraña, a un mundo de cosas ignoradas. En 1856, Pasteur, que entonces contaba 34 años de edad, con instinto científico se dedica al estudio de los fenómenos íntimos de la vida, marcando entre los años 1856-1865 una nueva y fecunda etapa de su vida científica, el estudio de las fermentaciones. ¿Qué es la fermentación? ¿En qué consiste la putrefacción o descomposición orgánica? ¿Cómo se producen, cuya acción conjunta hacen desaparecer los organismos que mueren? Pasteur, con admirable criterio experimental, rebate y demuestra en forma magistral e indubitable que los fermentos son seres organizados que proceden de gérmenes creados por la naturaleza, y que todos los fenómenos de fermentación y putrefacción son resultado de procesos vitales y no de la muerte, tal es la síntesis y en estos términos se plantea la discusión científica más emocionante de aquella época, entre sabios materialistas y un hombre de ciencia de 34 años de edad, y en base de sus convicciones filosóficas y científicas, logra un triunfo rotundo al derrotar a sus adversarios.

Más tarde, Pasteur estudia la fermentación láctica, demostrando que un ser organizado, el fermento láctico, es el agente de esta fermentación, como la levadura de cerveza es el fermento de la fermentación alcohólica; a raíz de estos estudios, el profesor Dumas, al comentar en la Academia una comunicación de su discípulo, expresó: "Habéis descubierto un tercer reino."

Es así que Pasteur deja establecido para siempre que las

fermentaciones dependen de la vida de seres microscópicos que se suceden sin interrupción y que los fenómenos de la muerte los provoca la vida. Prosigue sus investigaciones con la lógica de sus ideas, estableciendo que la transformación del vino en vinagre, se produce por la fijación del oxígeno del aire portador de un organismo microscópico y por tal aerobio; sobre este tema Pasteur pronunció su famosa conferencia en Orleáns, dejando establecido que aquel elemento es un hongo microscópico, llamado mycoderma-aceti, es el agente esencial de la producción del vinagre. En mérito a sus importantes trabajos sobre fermentaciones, en 1860, teniendo Pasteur 38 años, la Academia de Ciencias le otorgó el premio de "fisiología experimental". Pasteur enfrenta el problema de la generación espontánea, sin duda, una de las concepciones más extraordinarias de aquella época, concebida por Spallanzani y colaboradores. Las opiniones apasionadas y oscuras de algunos hombres de ciencia, lo llevó a profundizar aún más sus estudios sobre las fermentaciones, tan íntimamente vinculadas con el misterio impenetrable de la vida y de la muerte.

Con genial perspicacia y paciencia, Pasteur intensifica aquellos estudios y experiencias para descubrir los secretos de la naturaleza.

La teoría de la generación espontánea pareció invalidada, hasta que a fines del siglo XVII el microscopio proporcionó nuevos argumentos a sus sostenedores. Estos señores observando durante veinticuatro horas, gotas de agua del medio ambiente, advertían al examen microscópico la multiplicación extraordinaria de elementos vivos; tal fenómeno lo atribuían a generación espontánea.

Filósofos, poetas, naturalistas, todos creían en la generación espontánea.

Aunque la Academia (el año anterior) había ya aprobado por unanimidad los trabajos de Pasteur, que ponían en claro la inexistencia de la generación espontánea, consintió en que se nombrara una comisión para dar por terminada la controversia. La comisión constituida por seis expertos, debió atender algunas objeciones de los adversarios de Pasteur, quien no opuso reparo alguno, dispuesto a demostrar sus asertos en cualquier momento y lugar.

En abril de 1864, en circunstancias en que se iniciaba en la

Sorbona una serie de conferencias, se incluye el tema de la generación espontánea.

El día indicado, el amplio anfiteatro de la Sorbona congregó numeroso público. Pasteur inició su conferencia sin exordios atrayentes, con voz segura y grave; su rostro severo expresaba energía y concentración mental. Las experiencias del gran maestro, abonadas por conclusiones indubitables, merecieron del público entusiasmado prolongados aplausos. El sabio Pasteur dejó establecido en aquella memorable asamblea que la doctrina de la generación espontánea no se repondría jamás del golpe mortal asestado por sus experiencias, y así terminó su conferencia: "No se concibe ningún hecho que demuestre la existencia de seres microscópicos que no procedan de gérmenes o progenitores semejantes a ellos. Quienes sostienen lo contrario son juguetes de ilusiones y de los resultados de experiencias cuyos errores no han sabido advertir o no han podido evitar."

He aquí, señores, una etapa gloriosa de la obra científica de Luis Pasteur.

Año tras año prosigue sin desmayo su obra científica. En mayo de 1865 es llamado por el ministro de agricultura de su país, para resolver un trascendental problema que amenazaba derrumbar la riqueza de la sericultura, en una vasta zona de la provincia de Alois, a causa de una misteriosa enfermedad que destruía las crías de los gusanos de seda, afectando la vida industrial de más de 3.000 sericultores. Pasteur debió encarar el serio problema que las autoridades de Alois le plantearon, sin que jamás tuviera en sus manos un gusano de seda, pero estaba en medio de un problema que llevaría a la miseria a miles de pequeños industriales y derrumbe de una industria. Enfrenta el problema planteado con solo la lectura de un libro sobre la historia del gusano de seda, publicado por su colega Quatrefages, organiza en el mediodía de Francia su colonia de trabajo a poca distancia del pueblo de Alois. Con sentido práctico, inicia su plan de investigación interrogando a los criadores, quienes en la desesperación por el desastre, recurrían a los medios terapéuticos tan curiosos como empíricos, puesto que ignoraban la causa determinante de la enfermedad.

Pasteur, después de muchos meses de investigaciones, aplicando en todo momento la fiscalización sobre el método experimental, como destello de faro que atraviesa las tinieblas, llegó a determinar que los gérmenes causales de la enfermedad, residían en las crisálidas y mariposas.

Ya en vía de solución el problema que se le planteara, no faltó sin embargo la crítica y hostilidad, tanto de parte de los propios sericultores, como de los zoólogos, llegando con hipocresía hasta la burla de aquel sabio que se desvelaba por la solución del grave problema que afectaba los intereses de los mismos que lo criticaban; mas Pasteur decía: “dejemos obrar al tiempo”.

Es de imaginar las tribulaciones del sabio ante la injusticia de los hombres para quienes estaba empeñosamente trabajando, sin ninguna aspiración retributiva, pues a él sólo lo animaba la ciencia al servicio de los hijos de su patria. Prosigue sus investigaciones con inquebrantable voluntad, consecuente siempre con sus palabras: “hay que perseverar en el esfuerzo”, logra descifrar el intrincado problema de la enfermedad de los gusanos de seda. Formula indicaciones de aseo, aislamiento de los gusanos enfermos de los no afectados y otras, que ejecutadas fielmente por los sericultores, salvan a la industria sericícola francesa; abriendo una nueva y floreciente etapa; es así, como Pasteur empeñado en sus investigaciones, hace que otra industria, como las anteriores, quede deudora de la ciencia. Al mismo tiempo que el sabio resolvía problemas de índole industrial, se abocaba a otros de mayor trascendencia para la humanidad; tal el problema del cólera, terrible enfermedad que en 1832 azotó a París, causando la muerte de más de 18.000 personas; el cólera proveniente de Egipto, se había manifestado nuevamente en Marsella y París, originando extraordinario número de víctimas diarias. Pasteur, secundado por Claudio Bernard y Sainte-Claire Deville, inician con riesgo de sus vidas, el problema del cólera.

Ardua tarea debieron realizar aquellos esforzados investigadores. Uno de sus colaboradores, Sainte-Claire Deville dijo a su maestro: “es menester mucha valentía para realizar estos estudios”. “¿Y el deber?”, le replicó éste; el tono con que pronunció aquellas palabras equivalía a una enseñanza.

La labor de Pasteur y sus colaboradores fué coronada por el éxito. El cólera duró poco tiempo, lográndose conjurar el peligro de epidemia que se cernía sobre las poblaciones más importantes de Francia y otros países.

Los múltiples y variados problemas de todo orden absorbían a Pasteur la mayor parte de las horas de cada día, exigiendo esfuerzos que lo mantenían en constante tensión mental. Ello determinó que su salud comenzara a resentirse.

El día 19 de octubre de 1868, fecha infausta para su familia y la ciencia, Pasteur, un tanto fatigado, experimenta los síntomas iniciales de un ataque de parálisis; no obstante el malestar que le aquejaba, acompañado de su esposa se traslada a la Academia, donde sin dar señal de su malestar, leyó el trabajo de Solimbeni, de Italia, relacionado con la sericultura, en la que confirmaba plenamente las conclusiones de Pasteur. Sentíase satisfecho al mostrar a su patria, los primeros homenajes llegados del extranjero.

De regreso a su casa, el sabio, ya en su lecho, experimenta el extraño malestar que sintiera horas antes. Pasteur, con clara visión, advertía la marcha de su mal y explicaba a su médico, aunque confusamente, pues su voz en momentos no pasó de sus labios, los ataques intermitentes de parálisis que sentía denunciaban el sombrío combate en que su vida estaba en juego.

Quiso la providencia, que sólo una parte de su cuerpo quedara paralizado, como uno de esos árboles en los que el rayo ha tronchado una rama, pero la copa ha quedado intacta y se eleva verdeando hacia el cielo. A pesar de la dificultad del habla, Pasteur dijo a su amigo Sainte-Claire Deville: "Me apena morir: hubiera deseado ser más útil a mi patria"; su mal no avanzó y así a los pocos días, Pasteur con su cerebro intacto, luminoso y soberano dicta una nota en que añadía nuevas contribuciones a sus estudios sobre el gusano de seda. Esta nota leída en la Academia de Ciencias, fué precisa, clara, como todas las que procedían de este genio que tenía intuiciones extraordinarias y a la vez la preocupación de ser práctico para ser útil.

Madame Pasteur, digna y admirable esposa del sabio, era su secretaria a la vez que eficiente colaboradora en muchas oca-

siones; permanecía inmóvil a la cabecera de su esposo, dominando sus emociones y sus lágrimas, sabiendo la perspicacia con que los enfermos estudian o descubren en el gesto de los que los rodean, las impresiones y pronósticos de la enfermedad. A los noventa días de su enfermedad, en el mes de enero de 1869, Pasteur se traslada al mediodía y emprende una nueva campaña contra la enfermedad de los gusanos de seda, y en plena labor, a pesar de su hemiplejía, da término a su obra titulada: *Estudios sobre la enfermedad de los gusanos de seda*. La convalecencia de Pasteur fué como una segunda juventud en que se siente renacer la vida llena de ilusiones y esperanzas.

Señores: a medida que transcurría la vida de este sabio, su corazón participaba en su obra, y sus pesares lo hacían cada vez más sensible a los dolores ajenos; los acontecimientos luctuosos experimentados en el seno de su propio hogar y los sufrimientos de sus semejantes, lo hacían desear ardientemente que sus trabajos, a los que atribuía inmenso alcance en patología, sirvieran para descubrir nuevos métodos curativos. Francia perdía anualmente millares de jóvenes, víctimas de los seres microscópicos y virus animados. Pasteur, ejemplo eximio de humanidad, tenía la obsesión del dolor humano, su piedad aumentaba aún más cuando pensaba en las epidemias, horroroso tributo pagado por los hombres a la inutilidad perpetua o la muerte; animado por tan nobles sentimientos, penetra en el terreno de la medicina, pero él sólo poseía el título de químico; ello sin embargo no fué obstáculo, como no fué el hecho de que fuera tildado de intruso por los médicos de la época, quienes sentían desconfianza. Pasteur estaba al tanto de los adelantos de la ciencia y se interesaba vivamente por los problemas de la medicina, incitaba a los médicos a profundizar el estudio de la etiología y prevenir las enfermedades, estudiando más a fondo sus causas, en lugar de contentarse con el mero conocimiento de los síntomas y su correcta descripción. He aquí, señores, cómo Pasteur, sin ser médico, disipa con la claridad de sus experiencias las densas oscuridades de la medicina.

Al decir de Vallery Radot, evitaba encontrarse con los obs-

tinados, comparable a aquellos que: “cerrando en pleno día, los postigos y cortinas de sus habitaciones, dijeran convencidos: Bien se ve que es de noche”.

En 1873, a Pasteur, en plena actividad científica, le fué ofrecida la candidatura a un sitio en la Academia de Medicina, aceptándola complacido; fué elegido con un solo voto de mayoría, pues su nombre encabezaba una lista de cuatro candidatos. Su designación con sólo un voto en más, tan sólo podía significar el frente contrario de sus adversarios, que poco o nada lograron con ello.

La personalidad científica del sabio estaba por cierto muy por encima de tales pequeñeces.

Pasteur fué asiduo concurrente a la vez que puntual a las sesiones de la Academia, no obstante la dificultad en caminar, por la parálisis de su pierna izquierda. ¿Se pensaría que aquel flamante académico de aspecto tímido, habría de revolucionar la medicina de la época con sus investigaciones y descubrimientos? Pasteur no sabía de ocultaciones ni reticencias; tanto en su laboratorio como en el seno de la Academia, sentía ardientes deseos de transmitir a sus colegas los resultados de sus experiencias. Claudio Bernard, amigo y admirador de Pasteur, que había conquistado un lugar prominente en la fisiología, a la que proclamó “ciencia de la vida”, estaba convencido que la medicina saldría paulatinamente del empirismo en que se hallaba y que lo conseguiría al igual que otras ciencias, gracias al método experimental siempre aplicado por Pasteur.

A Luis Pasteur toca entonces discutir en el seno de la Academia problemas trascendentales sobre los fermentos y algunas enfermedades, tales como la tuberculosis, enfermedad específica, inoculable y contagiosa, como lo demostrara Villemin en diciembre de 1865, correspondiendo a Koch descubrir y aislar el elemento causal, el bacilo que lleva su nombre.

En 1881 realiza maravillosos estudios sobre la etiología del carbunclo. Enfermedad mortal para el ganado y que infecta o contagia al hombre, provocando en éste el llamado grano malo. Pasteur, a breve plazo, logra la transformación del virus carbuncloso mortal, en virus vacuna. El descubrimiento de la

vacuna preventiva antiebruclosa, marca una nueva etapa de su fecunda vida científica.

Gracias a las vacunas pasteurianas, desde su descubrimiento hasta nuestros días, los ganaderos de todo el mundo han podido evitar que esta temible enfermedad llegue a diezmar sus ganados. A no mediar su acción preventiva, habrían experimentado ingentes pérdidas y el progreso de la ganadería no habría podido llegar al grado de adelanto en que hoy se encuentra.

En aquel lapso de extraordinaria actividad científica, Pasteur debió enfrentar nuevas e interesantes luchas de todo orden con adversarios compatriotas y extranjeros, que surgían formulando impugnaciones violentas. Mas el sabio llegó a demostrar a sus contradictores la veracidad de sus trabajos, y les obligó a confesar públicamente sus errores.

Pasteur, después de exponer los estudios efectuados en colaboración con Chamberland, Roux y Thuillier, hasta los más profanos comprendieron cuánto ingenio había necesitado el sabio francés para aislar y conservar microbios y lograr modificar su virulencia, que aplicara más tarde para la preparación de vacunas de otras enfermedades. El tiempo dió la razón a Pasteur, quedando plenamente confirmados sus notables conclusiones. Por su modalidad, Pasteur nunca criticaba lo que no había estudiado a fondo, pero defendía siempre con pasión los hechos de cuya verdad estaba seguro. Mas cuando ésta triunfaba no guardaba rencor por los rozamientos habidos.

Los triunfos logrados avivan aún más su afán. Pasteur no descansa, ve la ruta del camino señalado: la rabia, la terrible enfermedad cuya causa permanece en un misterio, ante la cual el médico sólo puede meditar sobre la absoluta impotencia, asistiendo como simple testigo ante los avances del terrible mal y al pavoroso cuadro de la muerte del desgraciado enfermo, para quien todo el arsenal terapéutico resulta inútil. Con ahinco investiga la causa del mal y logra el triunfo más rotundo, descubriendo el remedio, la vacuna, que denominó "antirrábica". La rabia fué vencida y este triunfo inmortalizó su nombre. Pasteur sin desmayo, prosigue sus investigaciones, su visión sobre las causas de la fiebre puerperal, del cólera, fiebre amarilla y de la

tifoidea. Abre las puertas por las cuales pasan una multitud de investigadores que fundan sobre sólidas bases el portentoso edificio de la microbiología y así aparecen Koch, Roux, Metchnikoff, Behring, Ehrlich, Wright, preclaros investigadores entre otros que han entregado los elementos para prevenir y curar los males que eran considerados inevitables. Gracias a ellos se lograron métodos y procedimientos que han enriquecido la medicina preventiva.

La sueroterapia no es sino una lógica consecuencia de los descubrimientos del gran maestro, todas sus aplicaciones, todos los dolores y estragos que ella ha suprimido son obra del genial iniciador de esta disciplina.

Agreguemos a esto los preceptos de la higiene sostenidos por Pasteur, que tanto interesa a la comunidad y hace más sana la vida, eliminando y previniendo grandes males; la higiene, en sus múltiples aplicaciones, ha sido guiada por seguros y fecundos derroteros, por los descubrimientos nacidos al calor de las doctrinas pasteurianas.

En todo el mundo civilizado se cuentan por millares los seres que deben su vida a la profilaxis resultante de los estudios de Pasteur y sus continuadores. Toca a las generaciones presentes y venideras el glorificar a los hombres que como Pasteur son benefactores de la humanidad, para quienes “la gloria no está mancillada por lágrimas, sangre o dolor, ni por el grito de triunfo de los unos, ni la blasfemia de los otros”, sino que muy al contrario, sus nombres son bendecidos por los seres de la tierra, los que mediante la acción de ellos alivian y suprimen el sufrimiento, secan y previenen las lágrimas, derramando sus beneficios sin fijarse si ellos caen sobre propios o sobre extraños, si llegan más allá de las fronteras de su patria, si alcanzan a colmar la ansiedad de los enemigos de su país y sin pensar jamás en el propio bienestar.

Señores: genios como el de Pasteur son los que debemos exaltar, imitar y tomar como norma y guía de conducta. La obra de este apóstol de la ciencia perdurará, y su nombre venerado por siempre como gran benefactor de la humanidad.

IMPRESO EN PEUSER,
PATRICIOS 567, BUENOS
AIRES, EL DIA 19 DE
ENERO DE 1948